

Eso no se hace. Disciplinar los cuerpos. Disciplinar la sexualidad

*COLOMBANI, María Cecilia / Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades.
Universidad de Morón. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del –
ceciliacolombani@hotmail.com*

Eje: [4] Anátomo-políticas y prácticas médicas: cuerpos enfermos y anomalías Tipo de trabajo: ponencia

› **Resumen**

El proyecto de la siguiente comunicación consiste en reflexionar sobre algunos aspectos referidos a la representación social que la masturbación despliega en el marco de la sociedad disciplinaria; el niño masturbador constituye una de las tres figuras que M. Foucault incorpora en esa familia confusa e indefinida de los anormales que atemorizara a las gentes de finales del siglo XIX. En *Los Anormales*, Foucault analiza tres figuras representativas del campo de la anormalidad, cercanas al vasto huerto de la desviación, el monstruo humano, el incorregible y el onanista y tematiza la relación entre cuerpo y anormalidad. De distinta espesura simbólica, cada uno define un hito en la representación simbólica de la desviación, territorio amenazante de la Otredad, que será de algún modo secuestrado en el interior de la psicopatología como episteme territorializante de la degeneración.

En este marco pretendemos analizar las relaciones del cuerpo con la enfermedad, la muerte y el tiempo, a partir de los efectos indeseados de la masturbación como hecho político, a partir del descubrimiento del cuerpo sexuado del niño y la reorganización del dispositivo familiar como núcleo de control. Se analizará el dispositivo nosográfico y el *tópos* de tanatización en el que se inscribe la práctica, incorporando en el análisis una serie de grabados de la época que sintetizan la preocupación histórico-social por el disciplinamiento de los cuerpos como centro de problematización. Haremos especial hincapié en los grabados que incorporan las campañas anti-masturbatorias como tecnología médico-política. En ese marco, relevaremos la función ortopédica del cinturón de Jalade-Laffont, especie de *corset* de metal que se coloca en el bajo vientre como modo de clausurar el acceso masturbatorio y que ocupa un lugar destacado en la producción fotográfica de la época.

> Introducción

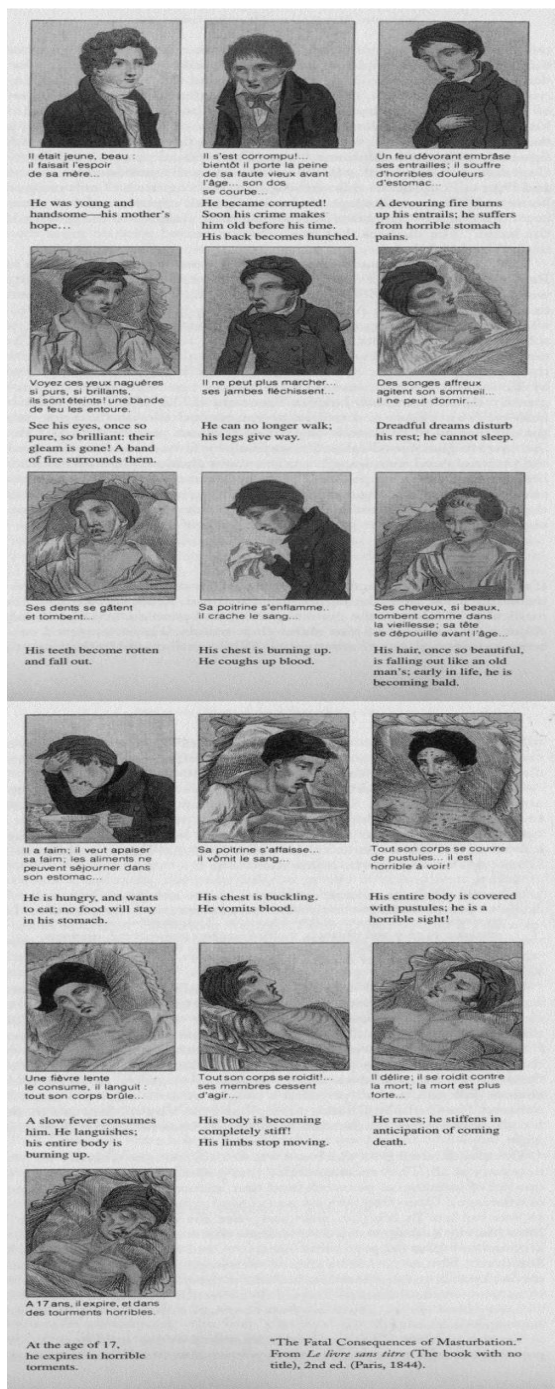


Figura 1. "The Fatal Consequences of Masturbation", *Le livre sans titre*, Paris, 1844.

El proyecto de la siguiente comunicación consiste en reflexionar sobre algunos aspectos referidos a la representación social que la masturbación despliega en el marco de la sociedad disciplinaria, por cuanto el niño masturbador constituye una de las tres figuras que M. Foucault incorpora en esa familia confusa e indefinida de los anormales que atemorizara a las gentes de la época (Foucault, 1996). En *Los Anormales*, Foucault analiza tres figuras representativas del campo de la anormalidad, cercano al vasto huerto de la desviación, el monstruo humano, el incorregible y el onanista. De distinta espesura simbólica, cada uno representa un hito en la representación simbólica de la desviación, del territorio amenazante de la Otredad, la cual será de algún modo secuestrada al interior de la psicopatología como *episteme* territorializante de la degeneración¹. Nos interesa comentar algunas actividades realizadas a lo largo de estos años, que se vinculan con políticas educativas que posibilitaron actividades y procesos formativos más allá de las aulas. En este caso haremos hincapié en visitas a instituciones del ámbito rural y a experiencias culturales sobre

temáticas de género.

¹ Secuestrar.

La reflexión sobre los hechos nos permite evaluar positivamente algunas prácticas realizadas, considerando al trayecto formativo inicial como espacio privilegiado (que no es el único) aunque, a su vez, nos plantea experiencias aún no exploradas, posibilidades aún no desarrolladas para afianzar la profesión docente.

La masturbación fue, antiguamente, capturada en el interior del discurso cristiano de la carne, desplegando el trazo de la falta y la caída. El dispositivo político de la confesión exhibe la falta, que debe ser expulsada a través del discurso confesional. La sociedad de la ortopedia social inaugura otro *lógos* en torno a la masturbación. En el marco de la sociedad disciplinaria la masturbación parece ocupar otro lugar, menos contaminado con el horizonte de la culpa. Si alguna vez fue objeto del discurso cristiano de la carne, el siglo XIX la nombrará a través del discurso de la psicopatología sexual.

Nuestro interés radica en abordar la experiencia de la masturbación indagando el imaginario simbólico que la misma instala a partir de su patologización e, incluso, su tanatización. Ambos elementos refuerzan su posición dentro del campo de la Otredad ya que la masturbación aparece vinculada con dos formas emblemáticas de la Otredad: la enfermedad y la muerte. El discurso de las campañas anti-masturbatorias del siglo XVIII no se refiere exactamente al maridaje masturbación-desenfreno, sino más bien a la relación entre la práctica y el plexo de enfermedades que se disparan a partir de ella.

La imagen reproduce un ciclo vital transido por la experiencia contaminante de la práctica como forma del deterioro físico y psíquico.

Hay un desplazamiento de la mirada y del discurso del viejo relato de sesgo moral al nuevo relato de la enfermedad en términos nosográficos. Dice Foucault al respecto: “Cuando se les prohíbe masturbarse, no se amenaza a los niños con una vida adulta perdida de desenfreno y vicio, sino una vida adulta completamente baldada por las enfermedades. Es decir que no se trata tanto de una moralización como de una somatización, una patologización” (2001, p. 222). Estamos en presencia de un nuevo encastre entre lo que se ve y lo que se dice: el gran relato de la enfermedad que toma diferentes registros: la enfermedad total, donde se despliega una especie de enfermedad absoluta, polimorfa, que reúne bajo su figura amenazante y contaminante la totalidad de los síntomas posibles de todas las enfermedades posibles. El niño es hablado por un discurso médico que lo coloca en el epicentro de una cruzada que ha puesto de manifiesto el cuerpo sexuado y erotizado del niño como núcleo de visibilización y problematización epocal.

La masturbación resulta el origen de esa enfermedad total y fabulosa que lentamente va des-subjetivando al joven en el marco de un discurso que da cuenta del estado: “agotamiento; pérdida de sustancia; cuerpo inerte, diáfano y debilitado; derrame constante; chorro inmundo de adentro hacia fuera; aura infecta que rodea el cuerpo del enfermo; imposibilidad, por consiguiente, de que los otros se acerquen a él; polimorfismo de los síntomas” (Foucault, 2001, p. 223).

El relato sitúa también a la masturbación en el lugar de la causa de una multiplicidad de enfermedades, figurando insistentemente en el cuadro etiológico de las diferentes enfermedades” (Foucault, 2001, p. 223). Meningitis, encefalitis, mielitis, afecciones de la médula espinal, enfermedades óseas, degeneración de tejidos, enfermedades oculares, tisis, tuberculosis, para nombrar sólo algunas que la literatura médica de la época pone en estrecho parentesco con la masturbación. Masturbación y enfermedad sellan definitivamente su alianza, llegando al extremo de asociar como paso definitivo de la alianza la relación masturbación-locura.

El joven queda así secuestrado en una malla narrativa de impronta subjetivante que lo identifica con la enfermedad. La sexualidad infantil queda definida por un relato patologizante que hace del niño masturbador un adulto previsible en cuanto a sus debilidades.

La masturbación opera como un condicionamiento a futuro porque sus efectos no sólo son puntuales sino potenciales, comprometiendo la totalidad del tiempo. De este modo, esta percepción genera una especie de delirio hipocondríaco, a través del cual el joven asocia de por vida todo síntoma con aquella experiencia juvenil. “En el fondo, al llevar la mano hacia su sexo, el niño pone en juego, de una vez y para siempre, y sin poder calcular en absoluto sus consecuencias, aunque ya sea relativamente mayor y consciente, su vida entera” (Foucault, 2001, p. 226).

La enfermedad se erige como un fantasma que acompaña al sujeto de por vida, lo acecha porque, desde su registro de Otredad lo vigila, le recuerda su pasado, lo obliga a remitirse a su infancia, lo obliga a un recuerdo didáctico-moralizante porque allí está la causa de todo desarrollo ulterior. Se trata de una nueva sujeción del tiempo y del cuerpo, propia de la sociedad disciplinaria; ahora el control y la disciplina se trastocan en recuerdo constante, en remisión permanente, en presencia que atormenta. El recuerdo y sus asociaciones patológicas y sintomáticas constituyen la nueva forma del control que sobre el cuerpo y el tiempo se genera con sutil eficacia. La malla narrativa de matriz patológica controla a los sujetos por el resto de sus vidas, constituyendo una bisagra disciplinante y ortopédica.

Tal como resume Foucault: “Entonces, por una parte, la fabulación científica de la enfermedad total; en segundo lugar, la codificación etiológica de la masturbación en las categorías nosográficas mejor establecidas; por último, organización, con la guía y la dirección de los propios médicos, de una especie de temática hipocondríaca, de somatización de los efectos de la masturbación, en el discurso, la existencia, las sensaciones, el cuerpo mismo del enfermo” (2001, p. 225). La enfermedad se convierte, en última instancia, en *tekhne* de control y disciplinamiento. Enfermedad y disciplina. He allí un nuevo hallazgo de una sociedad que no cesa en perfeccionar sus dispositivos de control. La sexualidad se convierte en el epicentro de una responsabilidad patológica del sujeto que desplaza el viejo relato de la dieta y del cuerpo en general. Ya no es el cuerpo y su vínculo con el régimen lo que determina la enfermedad (Foucault, 1997, pp. 92-117), sino la sexualidad y la masturbación en particular lo que determina la partición binaria entre salud y enfermedad, entre lo Mismo y lo Otro. Tal como sostiene Foucault: “Se asiste a una interpenetración entre el descubrimiento del autoerotismo y la atribución de responsabilidad patológica: una autopatologización. En síntesis, se asigna responsabilidad patológica a la infancia, cosa que el siglo XIX no olvidará” (2001, p. 227).

Se da una relación extraña y paradójica, investida por la culpa que el propio dispositivo instituye, donde el cuerpo del placer, en tanto cuerpo sexuado y autoerotizado del niño, es también el cuerpo de la enfermedad y de la muerte en una particular relación placer-enfermedad-muerte.

El nuevo relato de la modernidad, inscrito en las *tekhnai* del mundo disciplinar, opera sobre la sexualidad infantil como *topos* emblemático de la constitución triádica. Es a propósito del placer sexual que se opera la posible alianza funcional entre placer-enfermedad-muerte. Se ha restringido el horizonte de los placeres —*hedonai*— en general (Foucault, 1997) a la patologización de la sexualidad infantil. Tal como afirma Foucault: “La pregunta: ‘¿Qué hiciste con la mano?’ empieza a reemplazar la vieja pregunta: ‘¿Qué hiciste con tu cuerpo?’” (2001, p. 227). Por otra parte, la niñez cobra un valor temporal particular ya que desde ella se delinea el futuro. Es como si se unieran ambos segmentos, presente y futuro a propósito del enclave de la sexualidad. Lejos de la percepción instantánea y fugaz del acto que produce placer, se compromete con él una temporalidad que se vuelve absoluta.

> **A modo de cierre**

995,600.

J. E. HEYSER.
SUBSIDIARY APPLICANT.
APPLICATOR FILED JAN. 19, 1916. DERIVED FROM A. 1916.
Patented June 20, 1911.
4 88277-98278.



El nuevo escenario sitúa a la familia en clave de consideración y reformulación. El control se agudiza sobre ella, al tiempo que se pone en marcha el dispositivo tecnológico que busca la transformación de la célula. La familia ha delegado sus funciones específicas en esa masa intermedia; ha cedido, incluso, parte de su poder en la tarea de subjetivación del cuerpo infantil en manos de sujetos no aptos. Por pereza, por negligencia, por comodidad burguesa, ha creado una subestructura al interior del hogar que exige una urgente transformación. Es necesario reterritorializarla en un espacio de poder-control que ha perdido en el marco del modelo de circulación del poder, delegado en otros. El hogar devuelve una configuración en los juegos de poder que culpabiliza a los padres y los convierte en los verdaderos responsables del daño de la práctica de sus hijos.

Como conclusión, proponemos pensar el tema de la masturbación desde una cuádruple perspectiva, esto es, proponer cuatro dimensiones que operen como marcos-herramientas

interpretativas del fenómeno en cuestión: una dimensión axiológica, una topológica, una tecnológica y una política. Muchas de ellas las hemos rozado en el presente trabajo y quizás sea la dimensión tecnológica la que merezca alguna consideración.

La dimensión axiológica supone la forma de visibilizar a ese sujeto otro que ya Foucault incorpora dentro de la familia confusa e indefinida de los anormales, tal como advirtiéramos en el inicio del presente trabajo. ¿Cómo veo al otro, cómo lo juzgo, qué lugar ocupa en el marco del imaginario simbólico? Así, el joven masturbador queda atrapado al interior de un relato patologizante, incluso de corte tanático, a partir de la construcción de esa figura absoluta de la enfermedad polimorfa y fatal. Su figura discontinúa

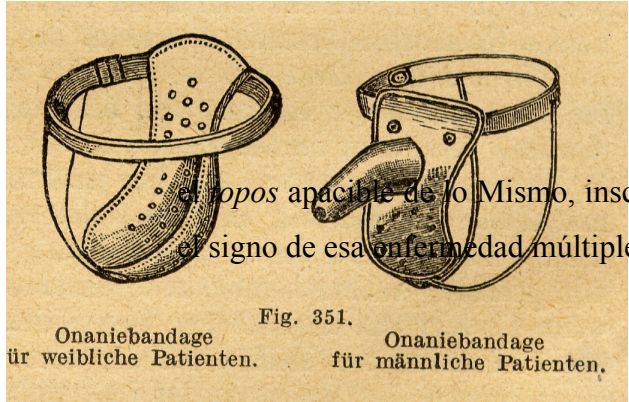


Figura 3. Albert Moll, *Handbuch der Sexualwissenschaften*, Verlag Von F.C. Vogel, Leipzig 1921, p. 627.

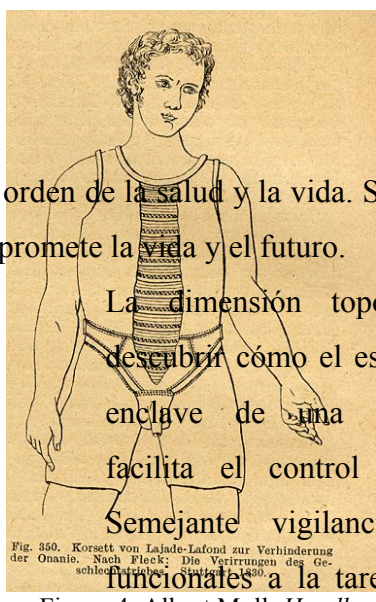


Figura 4. Albert Moll, *Handbuch der Sexualwissenschaften*, Verlag Von F.C. Vogel, Leipzig 1921, p. 627.

el topos apacible de lo Mismo, inscrito en el orden de la salud y la vida. Su figura es vista como el signo de esa enfermedad múltiple que compromete la vida y el futuro.

La dimensión topológica nos permite descubrir cómo el espacio doméstico es el enclave de una territorialización que facilita el control continuo del joven. Semejante vigilancia exige geografías

funcionales a la tarea y la diada familiar-hogar parece ser el topos ideal que responde a la pregunta por excelencia:

¿Dónde espacializo al otro? El hogar es el escenario de un *agon*, del cuerpo a cuerpo

donde se juega el destino de padres e hijos. Allí se territorializa el combate, y la mirada controladora se asienta sobre los espacios internos de la dramaturgia familiar: baño, cuartos, camas.

La dimensión política nos permite inteligir los juegos de poder que se despliegan a partir de la dramaturgia doméstica. Tal como vimos, la familia ha sufrido un desplazamiento en su configuración simbólica pero también se ha investido de un tipo de poder que la habilita para ejercer el control. Ha cerrado el viejo modelo de ejercicio de un poder compartido y abierto a los intermediarios para cerrar filas sobre un ejercicio endógeno, de puertas cerradas y de plena condensación sobre sí misma. Asimismo, hemos leído la extensión de los juegos de poder a las esferas del saber, que constituyen enclaves vigorosos de ejercicio del poder. Sin esta red operando no puede haber campaña antimasturbatoria que se sostenga. En realidad, sin la consecuente arquitectura de poder no hay efecto de transformación posible sobre los sujetos.

La dimensión tecnológica es la que nos resta analizar como modo de cerrar el vínculo entre tecnología y poder. La pregunta dominante es ¿cómo opero sobre el otro? ¿Qué herramientas, *tekhnai*, puedo utilizar para actuar políticamente sobre el otro? La experiencia de la masturbación nos devuelve un escenario rico al respecto. La dimensión tecnológica suele devolver imágenes materiales que representan los instrumentos de la gesta de transformación de los sujetos.

El famoso cinturón de Jalade-Laffont consiste en una especie de corsé de metal que se coloca en el bajo vientre como modo de clausurar el acceso masturbatorio: “en el caso de los varones, con una suerte de pequeño tubo metálico horadado en el extremo por una serie de agujeritos para que puedan orinar, aterciopelado en el interior, y que es cerrado durante toda una semana con candados”. Hay también medios mecánicos como la varilla de Wender, tendiente a alejar cualquier sensación voluptuosa. La sonda permanente en la uretra o incluso la castración, como el paroxismo de los métodos más duros, hablan de la inquietud tecnológica.

Bibliografía

Foucault, M. (1996). *La vida de los hombres infames*. Argentina, Editorial Altamira.

Foucault, M. (1997). *Historia de la Sexualidad. El uso de los placeres*. España, Siglo XXI.

Foucault, M. (2001). *Los Anormales*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.